

El nacionalismo intelectual

JULIÁN MARÍAS

Es un hecho notorio que la cultura europea moderna tiene marcado carácter nacional. Se habla, con perfecta razón, de las diversas literaturas nacionales, tan ligadas a las lenguas respectivas; de la pintura italiana o flamenca; de la filosofía alemana, el teatro inglés o la mística española. Esto tiene plena justificación; las naciones son una profunda realidad histórica, y en ellas, solo en ellas, se ha realizado el ser europeo; porque después de afirmar que todos nosotros, sin distinción, somos europeos, hay que agregar con no menos energía que europeos sin más no han existido nunca. El modo concreto y real de ser europeo es ser francés, holandés o austriaco, y solo se puede vivir en concreto; el pensamiento sólo tiene raíces cuando está condicionado por la situación precisa en que se encuentran su creador y aquellos que tienen que vivir de él: “Queremos la interpretación española del mundo” —decía Ortega ya en su mocedad—. Esta actitud, análogamente repetida en cada uno de los países europeos, no solo es legítima, sino absolutamente necesaria. ¿Es esto una justificación del nacionalismo intelectual?

Dejando de momento sin respuesta esta pregunta, hay que reconocer que a ese nacionalismo se ha llegado por diversos caminos. Los primeros y más profundamente actuantes han sido el “tradicionalismo” y lo que podemos llamar el “separatismo europeo”. El mecanismo de ambos es bastante sencillo. Consiste, por lo pronto, en que cuando existe cierta continuidad de pensamiento en un país, y por tanto un pasado al que referirse, se produce una alteración en la función de ese pensamiento: en lugar de considerarse que su misión primaria es entender las cosas y dar razón de ellas, se cree —o se aparenta creer, según los casos— que lo importante es empalmar con ese pasado particular y exaltarlo, nutrirse de él y descubrir en él las soluciones, más bien que en las cosas; lo cual implica, claro está, la

creencia de que estas están ya resueltas: a saber, en ese pretérito nacional. Esta actitud tiene una consecuencia doble: en primer lugar, la esterilización —al menos relativa— de ese pensamiento, en la medida en que de un lado reduce su problematismo, por tanto su carácter perentorio y urgente, y de otro lado limita voluntariamente sus recursos; en segundo lugar, la tendencia a subrayar lo diferencial de cada nación, a prescindir de las demás, en cuanto sea posible, y tratar de vivir *de las rentas*; a esto es a lo que he llamado *separatismo europeo*.

El paso siguiente se da después de la Revolución francesa. El orgullo nacional, en forma distinta de la anterior, se convierte en principio político y conduce a su versión negativa; el odio —en ocasiones el desprecio, que es una de sus formas— entre naciones. Entonces las cosas son aún más agudas, porque no se trata ya de prescindir de lo exterior, sino de oponerse a ello; se hace una selección entre las ideas y las doctrinas, incluso entre los temas, y se considera que unos son propios, y por tanto valiosos, mientras que los otros son ajenos y vitandos. La nacionalidad permite ya en cierta medida predecir qué piensa y sobre qué cuestiones el intelectual, como el color del hábito solía predeterminar las ideas teológicas. La forma extrema de esta actitud, la que se da en nuestro tiempo, es el politicismo; la idea de nación, que al fin y al cabo responde a una realidad histórico-social plena y efectiva, aunque parcial y no absoluta, queda violentamente identificada con una ideología más o menos arbitraria y exasperada, que solo representa un abstracto o extracto enrarecido de la nación. De ahí el carácter especialmente virulento y agresivo del nacionalismo intelectual en los últimos decenios, que en los países de menos densidad pierde dramatismo para ganar petulancia provinciana frente a “lo extranjero”. Los extremismos tienen siempre una ventaja: al llevar las cosas a sus últimas consecuencias, suelen hacerlas insostenibles y provocar así el comienzo de su curación; creo que se está iniciando la convalecencia. Pero no se olvide que nada es tan peligroso como las recaídas.

Todo esto ha producido una evidente obturación de la vida intelectual en la mayoría de los países. El intento de vivir de lo propio ha angostado sobremanera el horizonte y ha dado un aire casero al pensamiento de Europa, que siempre fue lo contrario. Se ven con demasiada frecuencia libros franceses, o ingleses, o alemanes que pretenden exponer una disciplina como si solo en su país se hubiese tratado; índices onomásticos en que brillan por su ausencia los nombres más ilustres de otras naciones; discusiones interminables y ridículas sobre doctrinas sin la menor importancia acerca de cuestiones que están tratadas con incomparable profundidad o acaso resueltas al otro lado de la frontera. Los ejemplos están en la mente de todos. De esta manera, las naciones han ido convirtiéndose en espacios confinados, donde se manipulan ciertas materias primas mentales, de origen nacional, para conseguir una industria autárquica, con vistas al consumo interior y, en algunos casos, a la exportación a ciertos mercados exteriores. Pero todo esto supone falta de autenticidad del menester intelectual: olvido, en suma, de que la función propia del pensamiento es averiguar lo que las cosas son.

La imposibilidad del nacionalismo. ¿Es sostenible esta situación? Hay muchos indicios de que se ha llegado al límite de lo que la realidad misma tolera; porque cuando se hace violencia a la estructura de las cosas, son primero las personas las que se resisten o reaccionan; pero hay un segundo momento, que es el decisivo, en que son las mismas cosas las que no toleran más e imponen, no su voluntad, sino algo más grave e inapelable: sus exigencias. Aquí sólo puedo enumerar brevísimamente algunos de los hechos que están haciendo imposible la perpetuación del nacionalismo intelectual.

En primer lugar, la conciencia de *ignorancia y atraso* en que han empezado a caer los especialistas de casi todas las disciplinas. Todavía es posible ver un grueso tratado francés de psicología, por ejemplo, en que no aparecen ni siquiera los nombres de Dilthey, Brentano, Köhler o Koffka; pero también puede verse un volumen alemán análogo en que se buscaría en vano la menor alusión a Ribot, Bergson, Dumas, Janet o Lévy-Bruhl; y así en innumerables casos. En muchos libros se

intenta hacer ciencia a base de una bibliografía nacional; claro está que, si se mira bien, los autores citados han nutrido su saber con el de Europa entera; pero este hecho permanece oculto y, de paso, ese saber queda, en el libro en cuestión, mediatizado y como de segunda mano. Hace algunos años que se ha empezado a sentir inadmisibles esa actitud, y hoy en casi todos los países europeos están enterándose, con cierto apresuramiento, de lo que se sabe y se piensa en los demás. Conste que España había pecado quizá menos que ninguna otra nación en este punto, en este medio siglo que va terminando; y ahora le toca más bien que se enteren de ella, como está empezando a suceder.

Pero la necesidad de “estar al día” no es la única ni la más profunda de las causas de superación del nacionalismo intelectual. Las naciones europeas han empezado a sentir una creciente desconfianza en sí mismas. La mayoría de los hombres de Europa se sienten desorientados y perplejos; al volver los ojos en torno, encuentran equipos ya conocidos, que proponen, con el mismo gesto, idénticas soluciones en las que nadie acaba de creer en serio. Se han palpado las limitaciones, se ha experimentado en horas de gravedad que en rigor no se sabe a qué atenerse. A la petulancia ha sucedido la conciencia de crisis, la incertidumbre, tal vez el desaliento.

Como la opinión pública de casi todos los países —sobre todo de los grandes— vivía adormecida por la creencia en su superioridad y suficiencia, como se confiaba en que bastaba con lo nacional y se solían tener ideas extremadamente vagas de lo que ocurría efectivamente más allá de las fronteras, a esa situación negativa que he mencionado se agrega hoy la sorpresa ante el exterior, en la medida en que va penetrando. Las generaciones más jóvenes están realizando el descubrimiento de “los demás”, empiezan a caer en la cuenta de que el desconocimiento en que se ha vivido hasta ahora era grotesco; se sienten, no sin rubor, “provincianos”. Y de esta emoción penosa, pero sana, espero que se pueda pasar, perdiendo el rubor, a otra a la vez modesta y orgullosa: la conciencia de “provinciales”, de pertenecientes, con plena dignidad y con limitación, a una provincia del viejo solar europeo, que convive con las demás y no tiene manía de grandezas ni pretende suplantar al conjunto.

Por último, la gravedad de los problemas, la convicción de que son apremiantes y difícilmente manejables y la pérdida de la autoridad intelectual en la mayoría de los titulares de esta función, en algunos casos por lo que han callado, con mucha más frecuencia por lo que han dicho, todo ello ha determinado una situación apurada, ante la cual no cabe otro recurso que dejar de hacer gestos y ponerse en serio o “formalizarse”. El europeo se siente náufrago; desde luego, en un mar de dudas; pero además son estas de tal índole, que le parece sumamente probable ver cómo en cualquier momento le va a faltar el suelo bajo los pies, en el sentido más contundente y material de la expresión. A medida que esta convicción lo va penetrando, el europeo se siente en la necesidad de dejar de lado sus manías, sus vanidades y sus petulancias para echar mano de todos los recursos efectivos, vengan de donde sea, y “formar el cuadro”. Ésta es, precisamente, la situación a que se ha llegado en los últimos cinco años.

La reintegración de Europa. Se impone, pues, la reintegración de Europa, en el orden del pensamiento, que es lo que aquí nos interesa. Pero hay que advertir, primero, que no es cuestión de preferencias o deseos, sino de estrictas necesidades objetivas: esa reintegración podrá hacerse o no, porque la historia es siempre problemática, pero es necesaria y está postulada por las cosas mismas; en segundo lugar, si bien se trata de pensamiento y de sus requisitos intrínsecos, no es asunto meramente intraintellectual, porque el pensamiento no lo es, y en ello está complicada la realidad íntegra de Europa.